

La noche anterior

La detective de Homicidios Alice Madison rebuscó en su interior un último atisbo de calma. El bosque crujía a su alrededor y un soplo de brisa le acarició el corte de la mejilla.

Ese preciso momento era el único tiempo del que iba a disponer. Estaba agotada, aterrada, y su lucidez mental parecía cosa de hacía mucho tiempo. Todo se reducía siempre a lo mismo: «¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?».

Apuntó con su Glock al hombre que tenía enfrente y se preguntó si aquella suave brisa vespertina afectaría la trayectoria de la bala, si un pequeño pedazo de metal cumpliría la función que le estaba encomendada o si la luz del anochecer afectaría a su puntería. Esa precisión, labrada a fuerza de perseverancia y determinación, era lo único con lo que podía contar.

Alice Madison no había apuntado ni disparado nunca a un ser humano antes de llegar a aquel bosque, y esto no era lo que le habían enseñado en la Academia de Policía. Su objetivo ni siquiera suponía una amenaza para ella ni para sí mismo, tampoco para ninguna otra persona: apenas se sostenía de pie.

Madison apretó el gatillo y en su fuero interno supo que acertaría, al igual que un *pitcher* conoce cómo se curvará la pelota en el aire nada más soltarla.

Tres semanas y cinco días antes

1

Alice Madison se movió incómoda en el confortable sillón tapizado y se ajustó la pistolera que se le clavaba ligeramente en el costado derecho. Lanzó una rápida mirada por el amplio ventanal. Puget Sound brillaba bajo la mortecina luz de enero con su superficie plateada salpicada de blanco mientras el monte Rainier se alzaba por encima de sombras azules en la lejanía.

Se dio la vuelta al darse cuenta de que el silencio se había prolongado más de lo debido. El doctor Robinson la observaba.

—No se preocupe. Ya sé que la gente viene aquí por mis acertadas observaciones psicológicas, pero solo se quedan por las vistas —dijo.

Había hecho el mismo chiste la primera vez que se habían visto, unas semanas antes. Ella esbozó apenas una sonrisa, al igual que había hecho aquel otro día, no del todo segura de que él se hubiera dado cuenta de que se había repetido.

El letrero del vestíbulo de entrada rezaba: «STANLEY F. ROBINSON, PHD». La consulta, situada en la planta decimoquinta, estaba decorada con elegantes colores suaves.

El doctor pasaría de los cincuenta, tenía el pelo corto salpicado de canas y ojos grandes de color marrón. Un aspecto adecuado para un psicólogo que trabajaba con policías: aparentemente inofensivo con arranques inquisitivos, pensó Alice.

—¿Cómo ha ido su semana? —le preguntó él. El despacho del doctor Robinson estaba cuidadosamente libre de cuadernos o bolígrafos. Si tomaba notas, lo hacía después de las sesiones.

—Bien —contestó Madison—. He tenido que ordenar el papeleo de varios casos antiguos. Un incidente doméstico que resultó no ser nada importante. Lo habitual.

—¿Ha pensado en el incidente del bosque? Quiero decir, ¿durante algo más que unos segundos al día?

—No.

—¿Ha experimentado algún pensamiento inusual o ha tenido alguna reacción diferente durante su trabajo? Quiero que decida usted qué es inusual.

—No, nada inusual.

—¿Alguna reacción al cloroformo o algún otro episodio de síndrome postraumático?

—No.

—¿Nada sobre esta última semana o, en general, algo de lo que quiera hablar?

Madison tuvo la decencia al menos de fingir que se lo estaba pensando.

—No, nada —dijo finalmente.

El doctor Robinson se quedó pensando su respuesta durante un momento. Se reclinó en la silla.

—Detective, ¿cuántas sesiones hemos tenido hasta la fecha?

—Esta es la tercera.

—Correcto. Y esto es lo que sé de usted. Es detective de Homicidios. Se unió a la brigada el pasado noviembre. Eso es, ¿hace cuánto?, como dos meses y medio, más o menos. Es licenciada en Psicología y Criminología por la Universidad de Chicago —por cierto, buen centro, excelente equipo de fútbol—. Su expediente en el Departamento de Policía de Seattle es impecable. Juega limpio y no hay nada preocupante en su vida privada. Ni siquiera una multa de tráfico. ¿Voy bien?

—Sí.

—Bien. En diciembre se desató el horror, y, una vez calmadas las aguas, el departamento la envía aquí para asegurarse de que está preparada para el trabajo, para proteger y servir. Es muy sincera: admite reaccionar al cloroformo como consecuencia del ataque de Harry Salinger contra usted y su compañero, pero eso ha dejado de ocurrir hace semanas. No tiene ataques de pánico, no hay ningún incidente relevante de estrés postraumático. Nada, después de lo que sucedió en el bosque: el niño, el rescate, la sangre.

Se detuvo y Madison le sostuvo la mirada.

—¿Sabe cuánto tiempo he tardado en tener esta información?

—No esperó su respuesta—. Siete minutos. El resto del tiempo, todo lo que he conseguido han sido «bien», «lo habitual», y «nada atípico».

—¿Qué quiere de mí, doctor Robinson?

—¿Yo? Nada. Me contento con que venga y admire las vistas. Le viene bien distraerse y a mí me pagan igual. Pero esto es lo que pienso. Aunque certifique que está en buena forma para el trabajo y preparada para proteger y servir —que lo está—, es simplemente inimaginable que esos trece días de diciembre no hayan dejado en usted ninguna huella. Así que esto es lo que creo que pasa: tiene pesadillas de vez en cuando, posiblemente un recuerdo exacto de lo ocurrido, aunque creo más bien que son pesadillas sobre cómo percibe tanto lo ocurrido como la naturaleza de su actuación en aquellos acontecimientos. Y, sobre todo, me apostaría algo a que tiene mucho cuidado de no estar nunca a solas con su ahijado desde que lo sacó de aquel bosque. ¿Qué tal voy?

Madison no contestó.

—Encantado de conocerla, detective. Que le vaya bien.

Había anochecido. Alice Madison aparcó su Honda Civic en el sitio habitual en Alki Beach. Llevaba la ropa en una bolsa de deportes en el maletero, pero se apoyó sobre el capó y dejó que el aire salado le llenara los pulmones. El transbordador de Seattle a Bremerton pasaba en ese momento y una bandada de gaviotas seguía su rastro. La isla de Bainbridge era una franja azul verdosa al otro lado del agua y el centro de Seattle brillaba en la distancia.

Por lo que podía recordar, incluso desde su época de agente novata con su uniforme pulcramente planchado, tenía la costumbre de venir a Alki Beach y correr después de sus turnos de trabajo. Le gustaban la sensación cálida de la arena bajo sus pies y el ritmo de la marea después de un día duro; el mero disfrute después de un día de trabajo. Era una constante en su vida y Madison se sentía afortunada, porque sabía muy bien que había pocas cosas parecidas.

Después, nada más acabado el año, tras aquellos trece días, Madison volvió a la playa, se cambió de ropa, empezó a correr y se sumió rápidamente en un recuerdo de aquel día tan vívido, tan físico, que tuvo que detenerse. Seguía notando el olor a resina fresca de

pino. Tenía las manos en las rodillas y el agua le cubría los tobillos, empapándole las deportivas. «¿Algún sueño del que quiera hablar?».

Su brazo se había curado. El resto le llevaría el tiempo que fuera necesario. Madison se cambió en el asiento trasero. Dio unas primeras zancadas tímidas mientras ignoraba el suelo del bosque que sentía bajo sus pies y el repentino olor a sangre. Siguió corriendo.

El tráfico de la hora punta condujo a Madison hasta la avenida California sin aparente esfuerzo por su parte; siguió el flujo de vehículos hacia el sur con las ventanillas bajadas y la descolorida sudadera granate de la Universidad de Chicago pegada a la espalda. Se limpió el sudor de la frente con una manga y condujo mientras escuchaba la emisora local de noticias y sin pensar en el doctor Stanley F. Robinson.

Buscamos nuestra suerte donde podemos, y Madison detuvo el coche en un aparcamiento enfrente de la tienda Husky Deli y estiró sus maltrechos miembros mientras cerraba el coche con llave.

En su primer fin de semana en Seattle, su abuelo la había traído aquí para comprar un helado. Su abuela andaba atareada en un mercado cercano. Se sentaron en la barra. Él observó a la chica de doce años que apenas conocía y le habló como no lo había hecho nadie antes.

—Espero que te guste este lugar, de verdad lo deseo. Todo lo que te pido es que, en caso de que cualquier cosa te preocupe, cualquier cosa, que me lo digas, nos lo digas. No sé qué ocurrió con tu padre y no te pido que nos lo cuentes. Todo lo que te pido es que no te escapes, que no desaparezcas en mitad de la noche. Y nosotros pondremos todo de nuestra parte para ayudarte en lo que haga falta.

Luego extendió la mano. Alice la miró. Nadie le había pedido nunca su opinión. Cogió el cucurucho de nuez y sirope de arce con la mano izquierda y le ofreció la derecha, pegajosa por el azúcar. Ellos mantuvieron su palabra y ella cumplió su parte.

Madison restregó la suela de la zapatilla contra el bordillo para deshacerse de la arena de Alki Beach que se había quedado atrapada en las ranuras de la suela. Se mezcló con el resto de clientes y llenó una cesta con comida para llevar y un sándwich de pollo con ana-

cardos, sin perejil, y una sopa de brócoli con queso que probablemente no llegaría a casa.

De pie, en el mostrador, parecía igual que todo el mundo.

—¿Una ración o media? —preguntó el hombre.

—Una entera.

—¿Taza o bol?

—Bol.

—¿Pan?

—No, gracias.

La mirada del hombre se detuvo una fracción de segundo en la fina línea roja de cinco centímetros que tenía Madison sobre la ceja izquierda. Se borraría con el tiempo, había dicho el médico. A Madison no le había importado nada entonces y tampoco le preocupaba ahora. Lo único que ocurría era que ahora era un poco más reconocible, a causa de todo el revuelo de noticias e informes que habían propagado los medios durante los primeros días de enero.

El hombre asintió; probablemente llevaba trabajando ahí desde que se inventó el pan.

—¿Un cucurucho? El de delicia de caramelo está recién hecho.

Madison sonrió.

—Hoy no.

Comenzó a tomar la sopa antes de arrancar. Para cuando giró en Maplewood y entró en el camino de acceso, el envase estaba vacío.

Three Oaks es un vecindario lleno de vegetación en el extremo suroeste de Seattle, rodeado por un lado por las tranquilas aguas de Puget Sound y por el otro por tramos de bosque y viviendas unifamiliares con jardines bien cuidados.

Madison aparcó junto al Mercedes de sus abuelos y se colgó la bolsa de deportes al hombro. Mientras abría la puerta con el brazo ocupado con la bolsa de la compra, se descalzó y empujó la puerta suavemente con un pie hasta cerrarla.

Avanzó hacia la cocina y ordenó la compra. Con las luces apagadas atravesó la sala de estar y abrió las puertas francesas para dejar entrar aire fresco. Una luz roja parpadeaba en el contestador. La ignoró y se acomodó en una silla del porche, con los pies apoyados en la barandilla de madera, dispuesta a comerse el sándwich.

El jardín bajaba en pendiente hacia una estrecha playa a la que daban las viviendas más próximas al agua, con sus altos abetos a

ambos lados cumpliendo su función mejor que una valla. Madison observó las plantas y los setos en la penumbra; pronto empezarían un nuevo ciclo de vida: los arces japoneses, los magnolios, todos ellos plantados y cuidados por sus abuelos.

A pesar de no entender de jardinería, Madison limpiaba, regaba y cuidaba el jardín para asegurarse de que se mantenía vivo, porque ellos ya no estaban allí para hacerlo. Le preocupaba que sus buenas intenciones no compensaran su ignorancia. Así sucedía generalmente en su trabajo.

Un buen rato después de que las estrellas comenzaran a brillar en el cielo, Madison entró en la casa. Colocó la Glock en su funda bajo la cama. Su arma de repuesto, un revólver corto, estaba bien engrasado y a punto. Madison se quitó el chándal y se dio una larga ducha caliente.

El mensaje era de Rachel: «*El cumpleaños de Tommy es el mes que viene. Espero que puedas venir*». Su voz solo desprendía amor y amabilidad.

«Tiene pesadillas de vez en cuando, posiblemente un recuerdo exacto de lo ocurrido, aunque creo más bien que son pesadillas sobre cómo percibe tanto lo ocurrido como la naturaleza de su actuación en aquellos acontecimientos. Y, sobre todo, me apostaría algo a que tiene mucho cuidado de no estar nunca a solas con su ahijado desde que lo sacó de aquel bosque».

«La naturaleza de su actuación». Madison no estaba del todo segura de entender la naturaleza de sus propias acciones, y era lo suficientemente honrada como para admitir ante sí misma que hubo momentos aquella noche que posiblemente no quería entender del todo. Había sido una mezcla confusa de miedo y rabia, y no sabía exactamente cuánto de cada.

Tommy tendría pronto siete años. Aquella espantosa noche, Madison le había cantado *Blackbird* y le había devuelto a la vida, a su bicicleta roja y a sus juegos de niño. Su ahijado cumpliría siete años y Madison intentaba desesperadamente dar con una excusa aceptable para no ir a su fiesta, pero no la encontraba.

Como cada noche desde aquel día de diciembre, sus últimos pensamientos se centraban en dos hombres: el primero, en la cárcel,

encerrado tras muros y puertas metálicas, vigilado por guardias armados y aun así más terroríficamente libre que ningún ser humano que hubiera conocido nunca; el otro, prisionero de sus heridas, en algún lugar apartado, tras pasillos y habitaciones silenciosas de un hospital a pocos kilómetros de allí. Gracias a su sacrificio, Tommy podría celebrar su séptimo cumpleaños. No podía pensar en uno de ellos sin pensar en el otro.

Madison cerró los ojos y esperó a que le entrara el sueño rápidamente.

Bajo la cama, dentro de la caja fuerte, había dejado cuidadosamente doblada debajo del arma de servicio una página de *The Seattle Times*.

Atrapado el asesino de Blueridge

En las primeras horas de la madrugada del 24 de diciembre, la pesadilla que había aterrorizado a Seattle durante trece días llegó a su fin. Harry Salinger, el principal sospechoso del asesinato de James y Anne Sinclair y de sus dos hijos, fue atrapado en un lugar no revelado del bosque del río Hob por Alice Madison, una detective de Homicidios del Departamento de Policía de Seattle.

El señor John Cameron, quien en un principio había sido sospechoso de dicho crimen, y su abogado el señor Nathan Quinn, de Quinn, Locke y asociados, también estaban presentes. El primero está retenido sin fianza por un cargo de intento de asesinato. El señor Salinger, residente en Everett, sufrió heridas muy graves y permanece bajo custodia en una institución médica.

El señor Salinger también ha sido acusado de secuestrar y poner en peligro la vida de Thomas Abramowitz, de seis años, abijado de la detective Madison, así como del ataque al sargento detective Kevin Brown y a la propia detective Madison anteriormente, en el mes de diciembre.

El Departamento de Policía de Seattle no ha comentado cuándo se reincorporará el sargento.

El señor Cameron y el señor Sinclair se conocían desde niños, unidos por trágicas circunstancias, cuando tres chicos de Seattle fueron secuestrados y abandonados en el bosque del río Hob, en el condado de Jefferson.

2

Nathan Quinn levantó la mano izquierda y la dobló. Estaba perfecta. Sin cicatrices ni dolor. Estaba en un claro en el bosque del río Hoh; vio cada quiebro de cada rama y nada más que bosque y arroyos serpenteantes durante kilómetros. Sentía el aire suave en la piel y la luz del sol que se colaba entre los abetos. Era una tarde de agosto, soleada y cálida. Todo estaba bien, en paz.

Quinn se giró al oír un susurro detrás de él, entre la hierba.

Un chico le observaba desde el borde del bosque. Tendría doce años, pelo rubio ondulado y labios pálidos, muy pálidos.

—¿David?

El chico iba descalzo.

—¿David?

Nathan Quinn sintió el retorno de su conciencia a medida que se debilitaba el efecto de la morfina y recordaba que estaba en un hospital y que su hermano llevaba muerto veinticinco años.

—Señor Quinn. —Oyó la voz de la enfermera más allá del dolor sordo con el que su cuerpo le daba la bienvenida—. Hay unos agentes que querrían hablar con usted, si se siente con fuerzas.

Nathan Quinn levantó la mano izquierda: estaba cubierta de vendajes, y, al doblar los dedos, el dolor le subió por todo el brazo. En las últimas cuatro semanas no había visto a nadie, exceptuando a los médicos, enfermeras, dos detectives del Departamento de Policía de Seattle que le habían tomado declaración y a Carl Doyle, su asistente en Quinn, Locke y asociados. El resto, sin excepción, habían sido rechazados. Después de dos semanas en un coma inducido, apenas tenía fuerzas para respirar.

—Son del condado de Jefferson —dijo la enfermera.

—Sí —contestó él—. Ya lo sé.

Era sábado y Madison tenía el día libre. Algo insólito. Últimamente sus días libres habían seguido la misma pauta: la llamada, el viaje, el intercambio de información, la segunda llamada. Madison comprobó su reloj, el que había pertenecido a su abuelo. Eran las 8:25 de la mañana. Tiempo de sobra para poner una lavadora. Recogió su ropa de deporte del suelo, donde la había dejado tirada, y añadió lo que había en el cesto.

Se puso unos vaqueros negros, una camisa azul oscuro y botines de cuero. Sonó el teléfono en el instante en que se colocaba el revólver en la pistolera del tobillo.

Lo cogió en la mesilla.

—Madison —dijo el teniente Fynn.

—Señor. —Madison se quedó helada, con el pantalón remetido en el botín. Su jefe de brigada no le llamaría a casa en su día libre para charlar y echar unas risas.

—Acabo de recibir una llamada del condado de Jefferson. Hace cuatro días la policía del parque encontró restos humanos a un kilómetro de donde estuviste. Les ha llevado todo este tiempo recuperarlos.

Madison sabía lo que venía a continuación antes siquiera de oírlo.

—Se trata de un niño. Los restos son de hace mucho tiempo.

—David Quinn —susurró.

—Muy posiblemente. La policía del condado está obteniendo una nueva muestra de ADN de Nathan Quinn en este mismo momento. Pronto lo sabremos.

—El secuestro tuvo lugar en Seattle. Es nuestra jurisdicción.

—Lo sé. Si se trata de David Quinn, trasladarán los restos a nuestro forense y nos encargaremos del caso.

—Gracias por contármelo.

—Es peor de lo que creíamos.

—¿A qué se refiere, señor?

—El cráneo presenta marcas de golpes.

La mente de Madison intentó inmediatamente recordar los detalles que había leído en los periódicos.

—No, David Quinn padecía arritmia congénita. En la investigación original...

—Madison, si ese niño es David Quinn, no fue una muerte accidental. Fue asesinado de un golpe en la cabeza.

—Es... —Intentó encontrar las palabras adecuadas.

—Pensé que se lo querría contar a él en persona.

—Sí, voy enseguida.

—Menuda manera de pasar el día libre.

Nada más colgar Fynn, sonó el teléfono de nuevo.

—Soy Doyle.

—Carl. ¿Cómo está?

—Sinceramente, no lo sé, detective. ¿Cómo está usted?

—Me acabo de enterar, me ha llamado mi jefe.

—Han dicho que tardarán unos días en confirmarlo. ¿Necesita anotarlo?

—No, adelante.

—Tensión normal. Los raspados, negativos: no hay infección.

La fisioterapia ha sido un infierno esta semana, tal y como esperaban, pero progresa. La prueba de visión, sin diferencia con respecto a antes del suceso. Hasta ahí, todo bien. Los antibióticos por la extirpación parcial del bazo son fuertes, esperan poder disminuir la dosis progresivamente y ver cómo reacciona. No hay fiebre, analítica normal.

—Gracias, Carl.

—¿Va a ir al turno de visitas de las diez?

—Sí.

—¿Se lo va a contar?

—Sí, tiene derecho a saberlo antes de que lo saquen en las noticias.

—Hablamos después.

Madison se echó por los hombros una chaqueta y cerró la puerta de entrada. Tendría tiempo de prepararse durante el trayecto. «Como si sirviera para algo».

Les había llevado veinticinco años encontrarlo, pero por fin David Quinn iba a volver a casa. Secuestrado junto con dos amigos y llevado al bosque del río Hoh, atado a un árbol con una gruesa cuerda y abandonado a luchar por el último aliento hasta que se desmayó. Luego, los hombres recogieron el cuerpo y dejaron a los otros chicos solos en la oscuridad. Nadie fue acusado nunca del secuestro, no se había encontrado ningún móvil. No encontraron ningún cadáver, ni pruebas; ninguna razón para una acusación.

Se habían llevado a tres chicos al bosque y solo habían sobrevi-

vido dos. Uno de ellos, James Sinclair, se convertiría en un buen hombre, tendría una familia y un día del último mes de diciembre sucumbiría a manos de un loco. El otro se convertiría en alguien muy distinto.

Madison condujo hacia el sur por la 509, tomó una salida hacia el oeste en Des Moines y luego cruzó la I-5 para dirigirse a toda prisa hacia la Penitenciaría del condado de King y visitar a John Cameron, el otro superviviente del río Hoh.

La Penitenciaría del condado de King se elevaba desde un aparcamiento de cemento anunciando al mundo exactamente lo que era: un centro de detención de adultos que contaba con mil ciento cincuenta y siete reclusos a la espera de juicio o condenados a instancia de la Comisión de Directrices del Estado de Washington.

Madison se aseguró de que no quedara nada a la vista en los asientos del coche y se encaminó a la recepción de visitas.

Varios grupos de familias y otras personas solas se dirigían hacia el turno de visitas de las diez de la mañana, bajo un sol que apenas podía calentarlos a la sombra de aquel muro de seis metros de altura.

Madison podría haber guardado en la caja fuerte su arma de repuesto y haber evitado el engorro de tener que declararla en el mostrador de recepción. Pero ella era policía, así que llevaba su placa y también su arma.

Se puso a la cola con los demás, un grupo serio con unos pocos críos también sombríos.

Una mujer joven, con un vestido de estampado delicado, entró en recepción e hizo un gesto a Madison.

—Detective Madison, si tiene un segundo, al subalcaide le gustaría hablar un minuto con usted antes de su visita.

De veintitantos años, de hablar suave y pelo rubio recogido en un moño, parecía como si fuese a repartir libros y piruletas en una biblioteca de niños.

—Sí, claro —contestó Madison.

—Soy Karen Hayes. —La joven la guio por un pasillo lateral—. Soy la asistente del alcaide y del subalcaide.

Madison no había entrado nunca en esa zona de ninguna cárcel.

Tenía el mismo aspecto que cualquier oficina de empresa: gente tecleando en despachos, suelos enmoquetados y dispensadores de agua. Y aun así, unas veintitrés puertas metálicas cerradas con llave separaban el pequeño tiesto de geranios del escritorio de Karen de los hombres que allí deambulaban y dormían; hombres que habían quitado vidas y habían hecho cosas tan horribles a sus víctimas que estas habían deseado morir antes.

Estos funcionarios y secretarías organizaban los días de esos hombres: sus chequeos dentales, su comité de libertad condicional y sus menús, todo ello desde habitaciones alegres, bien iluminadas, que olían a manzana y a sándalo.

Por otra parte, Madison se había adentrado en los pensamientos de esos hombres, los había seguido por callejones oscuros y, a pesar del aroma del sándalo, sentía su proximidad como el roce del metal de una pistola entre sus omóplatos.

—Detective Madison. —El subalcaide abrió la puerta de su despacho para dejarla pasar. Tenía el aspecto de un amable director de instituto, con su camisa y corbata color burdeos y la chaqueta colgando de un perchero.

—Soy Will Thomas, subalcaide en la Penitenciaría del condado de King.

Le dio la mano y le hizo un gesto para que se sentara enfrente de él.

—He pensado que deberíamos..., cómo decirlo, mantener un canal de comunicación abierto.

Madison no tenía ni idea de a qué se refería. Fue consciente de su propia reacción automática hacia ese tipo de jerga administrativa y rogó para que su buena educación lo consiguiera disimular.

—Está usted aquí para visitar a John Cameron.

«A eso se refería».

—Sí, así es.

—No es usted familiar de Cameron, ni tampoco amiga.

—No.

—Tampoco es su abogada, y no está aquí por ninguna investigación en curso.

—No.

—Aun así, lo ha visitado con regularidad desde que lo trajeron a finales de diciembre. Es bastante popular: presunto asesino de nueve

personas, acusado de agresión sin fianza... Desde que fue atrapado, lo han venido a entrevistar varios agentes del FBI de Los Ángeles, así como algunos oficiales de la Agencia Antidroga y de la UTF, además de no sé cuántas peticiones por parte de la prensa. Los ha rechazado a todos. Un tipo popular, excepto por un detalle. —El subalcaide Thomas se reclinó en su silla y miró a Madison—. Cameron no ha dicho ni una sola palabra. Ni a ellos ni a nadie. Excepto —sonrió brevemente— a usted.

Madison viajó mentalmente hasta el claro del bosque del río Hoh en la madrugada de aquel día: Tommy congelado en sus brazos; Nathan Quinn cubierto de sangre en el suelo y John Cameron de pie a su lado como si estuviera hecho de la misma noche que los rodeaba.

«Si quiere marcharse, hágalo ahora. Si se queda, no diga nada, ni a mí ni a nadie, ¿entiende?».

—John Cameron eligió quedarse porque Quinn estaba gravemente herido, aunque sabía que la policía estaba al llegar. Quinn fue herido cuando intentaba salvar la vida de mi ahijado. Por eso estoy aquí.

—Entiendo. ¿Cómo se encuentra el señor Quinn?

—Progresá —contestó Madison—. Despacio.

—¿Cómo está Harry Salinger?

—No tengo ni idea.

Harry Salinger había irrumpido en sus vidas casi destruyéndolas; Cameron lo había dejado medio muerto a la orilla del río aquella noche. El sistema judicial podría retener a Cameron por una acusación de intento de asesinato, aunque Madison no estaba segura de cómo calificar lo que Cameron le había hecho a Salinger.

—Detective, me gusta pensar que esta prisión es como un barco, un barco grande. Algunos vienen y van, como usted hoy, pero otros, como el señor Cameron, tienen para rato. Un viaje largo, podríamos decir. Quiero que ese viaje sea lo más tranquilo posible, por su bien y el de todos los demás que estamos aquí. Sabe que está apartado de la población general de reclusos, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Dos días después de su llegada, los incidentes violentos entre reclusos se incrementaron en un diez por ciento, solo porque se sabía que estaba aquí.

Madison sabía que, si mantenían aislado a Cameron, no era por su propia seguridad.

—Hay una larga cola de hombres que no pueden aguantar las ganas de medirse contra él, y eso, me temo, es algo que no podemos tolerar. Así que, como usted es la única persona con la que habla, quería estar seguro de que estamos de acuerdo.

—No es que intercambie recetas con él, señor. Apenas conozco a ese hombre.

—Aun así —dijo el subalcaide Warren—, ¿hay algo que debiera saber?

«Ya no es el director benévolo, parece más bien un profesor de ciencias dispuesto a diseccionar una rana».

—El señor Cameron no fue atrapado, señor Thomas —dijo Madison—. No le cogieron. Está aquí porque él quiere. Mientras todo el mundo tenga eso en cuenta, no debería tener usted ningún problema.

—¿Por qué eligió ser encerrado?

—Porque no quería abandonar a Quinn mientras este estuviera luchando por su vida.

—Quizá sobrestime usted su implicación en esta situación y subestime los sistemas de seguridad de esta institución. Esto no es un hostel en las islas San Juan.

—Quizá quiera usted preguntar a Harry Salinger cuán implicado cree que se sintió Cameron cuando Salinger asesinó a James Sinclair y a su familia. En cuanto al sistema de seguridad de este centro, nada me haría más feliz que estar segura de que es tan sólido como usted dice.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante un largo instante, y Madison vio a un hombre de pelo canoso ante un escritorio desprovisto de fotos familiares, un hombre que intentaba que las cosas funcionaran en un sitio donde había individuos que eran capaces de hacer cualquier cosa a cualquiera por cualquier motivo.

—Mire —dijo ella—. Por lo que le pueda servir, Cameron no cree que tenga que probarse ante nadie. No es vanidoso, no va a salirse del guión para causar problemas. Pero si alguien, cualquiera, se interpone entre él y algo que quiere, entonces es imparable, y, desde luego, no sin consecuencias graves para ambas partes.

—¿Y si cambia de opinión sobre estar encerrado?

Madison se levantó, dispuesta a marcharse.

—Roguemos para que no suceda.